

Trujillo 20-08-13

TÓPICOS

Por Camilo Perdomo

camise@cantv.net

@CamyZatopec

LA OTRA MUERTE DE LA VERGÜENZA

Cuando el cuerpo muere, según Platón y el cristianismo clásico, de él sale algo que es virtuoso: el alma. Bien que ese dualismo lo admitamos o no, como estatuto existencial ha durado siglos en la cultura occidental. Se dice así que dentro de esa idea del cuerpo y alma hay una verdad que diferencia al humano de los animales. Incluso la imaginación inventa la trascendencia como posibilidad de optar por otras formas de vida aún luego de muerto el cuerpo. De todas las virtudes que debería cultivar el humano dicen, los sabios, destaca la vergüenza, pero diferenciándola de culpabilidad. Para dar algunos ejemplos, un cuerpo sufriendo (por algún motivo) muestra su vergüenza desde quien lo tiene en el medio social que habita. Motivos para la vergüenza existen, el problema es cuando la persona los tiene internalizados a tal punto que deviene <eso que debe ser> O lo que es lo mismo: asume las consecuencias cuando la desvergüenza suplanta a la vergüenza. Con el desarrollo de las fuerzas productivas se muestra hoy a naciones con alta calidad de vida y otras incluso ignorando si eso es posible en la tierra. Una muestra de esa ausencia de calidad de vida se representa en el desempleo, la violencia cotidiana, la carencia de vivienda, la exclusión socio-política, el poco acceso a la tecnología, ausencia de espacios públicos, ausencia de seguridad y salud preventiva. Esto, en algunos países se expresa brutalmente en carestías de productos de la dieta diaria y la consecuente agresión entre personas por conseguir los mismos. A ello no escapa la manipulación política desde el oficialismo y la existencia de mafias controlando la circulación de productos. Dentro de ese cuadro es el cuerpo cultural-social el que se fatiga y luego muere. La vergüenza como algo distintivo queda atrapada en esta frase: <Sálvese quien pueda> que coincide con la ética postmoderna cuyo slogan es: <Todo vale>. El humano al perder esa distinción valorativa no es virtuoso, sino sujeto del pragmatismo que lo convierte en un eficiente Caín que muta entre proyectos políticos y culturales. Recordemos la respuesta de Caín ante la pregunta del Dios cristiano sobre la muerte de su hermano Abel: < Acaso yo soy su guardián>. He allí la decadencia de la vergüenza frente a la responsabilidad. R. Descartes ubicó la vergüenza como algo ligado al sentimiento de uno mismo. Si esto es así, podemos construir dos actos desvergonzados: Uno, el delincuente que armado asalta una propiedad. Dos, El funcionario colocado por el voto popular en puestos donde se maneja dinero público y quien luego de hacer el juramento patrio lo incumple desviando recursos para él, su partido, su familia y amigos. Dicho de otra manera: ¿Dónde están mejor ubicadas las ideas de corrupción, riesgo y vergüenza? ¿Es que son lo mismo? ¡No! Pues si identificamos el riesgo de perder la vida al robar, es más visible en el caso uno y no en el segundo. Por supuesto, ambos son delincuentes. Lo curioso es que el segundo a veces es premiado por el sistema político por su solidaridad con los grupos de presión y

el partido gobernante. Ahora bien, ¿Hay allí algo de vergüenza? ¡No! Esa palabra ha muerto en la misma práctica de trabajar por el interés de obtener sin méritos algo que no le pertenece a quien roba. El virus de la vergüenza viene de lejos y se identifica con el oportunismo como práctica política: <Yo, o robaba ahora o nunca, ¡era mi oportunidad! Dice el corrupto> En esa lógica poco importa lo que piensen sus hijos, sus compañeros de escuela, su confesor. Ese pequeño ser que incluso se disfraza de honesto, supo a tiempo que no había diferencia entre lo sublime y lo ridículo, son los que tienen siempre una muerte indigna, poco importa que sus seguidores digan lo contrario. Los dioses saben cómo fue la desvergüenza de su alma en la tierra.